

EN EL VENTANILLO DE TOLEDO

I

UN RATO A SOLAS

El Ventanillo se abre, sobre un remolino de tejados, frente a los montes de Toledo. Al fondo, la Ermita de la Virgen del Valle, de rosa pálido entre las sombras azules de las rocas, el verde nuevo de la primavera y el pasto desteñido al sol. La Ermita deja caer una vereda en zig-zag. La curva del Tajo se adivina — allá donde la cascada de casucas se hunde hasta confluír con los pies del monte y sobresalen unos árboles altos. A veces, desde la Ermita escapa un repiqueteo loco, que viene como a desflecarse en las rejas del Ventanillo.

Una arquitectura de baraja sirve al Ventanillo de pedestal: los tejados se encaraman unos sobre otros como barcos apiñados por la resaca, dejando apenas escurrir, por las hendeduras, tortuosos hilillos de calles. Los montes, al frente, llenan el horizonte hasta medio cielo, y acogen y multiplican los ruidos de la ciudad.

La ciudad se pone ceniza a medio día. "Dan ganas — dice Eugenio d'Ors — dan ganas de bañarla toda en purpurina". La ciudad se pone ceniza a medio día, salvo los reposos verdes de algún patio sembrado, tal jardín de azotea, tal sombra de yerba libertina crecida entre los tejados de barro, y dos o tres árboles lanceados que ahogan, entre el follaje esmeralda, corimbo rojos. A la izquierda y a la derecha, altos edificios monásticos y vetustas iglesias arquean el lomo, y alzan los brazos intentando en vano levantar la tela caída

— irremediablemente caida hasta mojarse las puntas en el agua — de la ciudad. Duermen las veletas. Por los techos ambulan gatos, huéspedes naturales de la noche toledana, perdidos ahora bajo el fuego del sol. Y todo aquel universo de formas, colores, sonos, ráfagas, apunta, como a una boca de concentración, al Ventanillo: centro del mundo, aéreo camarote de tres pasos por cuatro, que se encarama, travieso, sobre la onda cristalizada y poliédrica de tejados.

La piedra se tuesta bajo el sol. Hierven los rumores. Acaso, de lejos, zumba el río sus endecasílabos clásicos. Dominan los cantos de las golondrinas y las voces de los niños. Se oyen, a ratos, los pregones: y el cuerno del carbonero suena por entre las calles, torciéndose al capricho de éstas como para untarse en las paredes. El órgano llega en girones, — suave humo tornasolado. Los gallos, atentos al tiempo, centinelas del meteor, maestros de las horas, descargan clarinadas largas. El rebuzno pánico del asno bombea y electriza el aire. Tejen su danza las campanas, y su minueto señorial se prolonga en ondas que el monte multiplica y borra en alas. Y todo ruido que sobresale, o se parte en dos con el eco, o fulgura en un vago halo de resonancias que pronto lo vuelven atmósfera.

En el orbe cristalino y vibrátil, voltea el alma, henchida de olvido. Y, de pronto, estalla como cohete, da en el campanile de la Ermita y estremece frenéticamente la campana.

II

LAS DOS GOLONDRINAS

Benedictine y Poussecafé — las dos golondrinas del Ventanillo — están, desde el amanecer, con casaca negra y peto blanco. A veces, se lanzan — diminutas anclas del aire, — y reproducen sobre el cielo, con la punta del ala, el contorno quebrado, la cara angulosa de la ciudad.

Benedictine vuelve la primera, y se pone a llamar a su enamorado. Dispara una ruedecita de música que lleva en el buche. La ruedecita gira vertiginosamente, y acaba soltando unas chispas — como las del afilador — que le queman toda

la garganta. Por eso abre el pico y tiembla toda, víctima de su propia canción, buen poeta al cabo.

Al fin, vuelve Poussecafé a su lado. Salta como un clown en el alambre, salta, salta. Salta sobre Benedictine; vuelve al aire. Y Benedictine sacude las plumas, y dispara otra vez la ruedecita musical que tiene en el buche.

1917.

EL RECUERDO DEL VENTANILLO

Al Ventanillo se llegaba por una callecita estrecha y en declive. Tan en declive y accidentada, que habría que bajarla rodando, si no fuera por su estrechez misma. Porque podía uno apoyarse con las manos en las dos paredes a un tiempo. En el fondo, donde hacía recodo la calle, se veía la puerta nº 13: nuestra puerta. La callecita era oscura, pero la casita luminosa, porque se asomaba como un mirador a la vertiente del Tajo. De modo que, al abrir la puerta, al revés de lo que siempre sucede, la luz del día brotaba del interior y alumbraba la calle. El Ventanillo era nuestro refugio para pequeñas vacaciones de dos o tres días. Lo he aludido en el *Reloj de Sol* ("La Cucaña"), contando cómo conocí a Eugenio d'Ors. Entre Américo Castro, Antonio Solalinde, José Moreno Villa y yo instalamos el Ventanillo. El más fiel de todos ha sido Castro. En mi tiempo, apenas había las cosas indispensables, y uno que otro objeto de lujo como una inmensa tinaja de barro en cuyo vientre escribimos:

Tinaja de Chindasvinto,
la del muy turgente flanco;
otros prefieren el blanco,
pero yo prefiero el tinto.

Alusión, seguramente, al buen vinillo de Buena Vista — cultivo de la tierra — con que solíamos rociar las no menos buenas perdices estofadas que comíamos en la Venta de Aires. La Venta de Aires (que los incautos llaman Venta del Aire, sin reparar en que su nombre le viene del nombre del ventero,

el claro varón José Aires) se encuentra al otro lado, en la Vega, no lejos del Cristo célebre por la leyenda que aprovechó Zorrilla (sin duda la imagen de un "descendimiento", que ya tiene descolgado un brazo de la cruz), y no lejos de un cementerio completamente becqueriano, donde rezan unos cipreses probos y oscuros que dan abrigo a nidos de pájaros, en su complacencia de gigantes. Pero volvamos al Ventanillo y tengamos por cierto que no vamos a dar esta vez el largo rodeo por la calle del Hombre de Palo, — recuerdo del ingenioso Juanelo, el del artificio que subía hasta Toledo el agua del río, vestigio de las artes mágicas que, en otro siglo, ilustraron a la Imperial Aldea. No: ese camino está bueno para una primera vez, para el que no sabe. Nosotros, los habituados, sabemos que lo más corto es cruzar la Catedral, de la Puerta del Reloj a la Puerta de los Leones, y que así salimos directamente sobre el callejón del Vicario, donde está el Ventanillo. La Catedral viene a ser la antesala del Ventanillo; sencillamente. Y si el vinillo de Buena Vista se ha trepado a la cabeza, no importa: ya sabemos que el piadoso callejón del Vicario nos ofrece, al alcance de la mano, sus dos paredes. Tal vez nos espere allí el gran toledano ante el Eterno, Angel Vegue y Goldoni. Tal vez Américo Castro habrá dado caza a dos o tres modismos o pronunciaciones hasta hoy tenidos por andaluces, y que van resultando, puesto que se cosechan en el propio campo de Toledo, más bien popularismos o modos de hablar de toda una clase española: esto ilustra y corrige un poco lo de los "andalucismos" de América.

Años más tarde, el Ventanillo fue recibiendo otros huéspedes, y los primeros nos dispersamos. Sé que fue creciendo en gloria y en lujo. Sé que Bagaria decoró las salas con la leyenda y hazañas de San Baltasar, bajo cuya advocación se abrió el Ventanillo. Este culto de San Baltasar tiene otra explicación pintoresca. La misma noche del año nuevo que he recordado en el *Reloj de Sol*, se me ocurrió, para divertir a los compañeros de excursión — todos filólogos y humanistas — desenterrar una vieja y chistosísima oración que encontré citada hace muchos años en el libro de nuestro Vicente Riva Palacio, *Los Ceros, por Cero*, y me puse a recitarla en medio de



"... UN CEMENTERIO COMPLETAMENTE BECQUERIANO".

TOLEDO. LA VEGA, EL CEMENTERIO Y LA ERMITA.

la oscuridad, ahuyentando con voz cavernosa el sueño de los que empezaban ya a adormilarse:

Era tanta la pujanza
del Señor San Baltasar,
que una vez llegó a ensartar
ciento cincuenta en su lanza.
¡Oh lanza, divina lanza,
lanza, lancita, lanzón:
échanos tu bendición
y la bienaventuranza,
amén!

A partir de ese día, Américo Castro se apoderó de San Baltasar, no quiso ya nunca abandonarlo, y lo estableció como patrono en la cofradía del Ventanillo, que hoy no puedo recordar sin saudades.

1930.

ALFONSO REYES